

66
canónicamente y hecho ordenar después de la muerte del verdadero Papa. En efecto, no bien Othon había vuelto á sus Estados, cuando los romanos, libres de la influencia estrangera y disgustados de lo que había ocurrido, tomaron las armas contra el emperador; Juan XII, recibido con generales aclamaciones, había juntado un concilio en el que se anuló todo lo que contra él se había hecho; pero muy luego dió con él en el sepulcro una enfermedad que le duró ocho días. Entretanto el prefecto de Roma, los tribunos y el Senado quisieron poner de nuevo en vigor las antiguas leyes, y por eso Othon volvió á Roma, la sitió é hizo asolar á todos los que intentaron escaparse de la ciudad. El valor de los romanos hubiera resistido á sus esfuerzos, si una hambre horrible no los hubiera precisado á la sumision. Dueño ya de la ciudad Othon, reunió de nuevo los obispos que iban en su comitiva y los que se hallaban en las inmediaciones de Roma; Benedicto V, que acababa de ser ordenado, fué llevado ante estos obispos, presididos por Leon y se arrojó á sus pies, dice el anónimo y sospechoso continuador de Luitprando, reconociéndose culpable de haber usurpado la Santa Sede. Quitósele su palio, Leon rompió la férula ó báculo pastoral que Benito llevaba en la mano, le quitó la casulla y estola, diciendo á la asamblea que le degradaba del honor del Pontificado y del sacerdocio, pero que le dejaba el orden del diaconado por consideracion al emperador y con la condicion de que no habia de vivir en Roma. Fué después llevado prisionero á Alemania el sabio y virtuoso Benedicto. El emperador, que le había visto lo bastante para apreciar su mérito, estaba á punto de restituírle á los romanos cuando supo que este legítimo Pontificado había muerto en Hamburgo á 5 de julio del año 965, esto es, tres ó cuatro meses después de la muerte de Leon que comun-

mente se pone acaecida el 17 de marzo de este mismo año. Entonces fué elegido con el nombre de Juan XIII el obispo de Narni, el cual fué entronizado el primer día de octubre de este mismo año, en presencia de los obispos de Spira y de Verona, nombrados por el emperador para concurrir á la eleccion y confirmarla.

En una de estas dos asambleas arriba indicadas, fué donde Othon hizo dar, dicen los juriscultos alemanes, una especie de constitucion en la que Leon VIII, con todo el clero y pueblo de Roma, había concedido y confirmado para Othon y sus sucesores el derecho de establecer el Papa, asi como todos los arzobispos y obispos de sus Estados; el de nombrarse el sucesor que él quisiera para el reino de Italia (lo cual pareceria probar, dice Feller, que en este conflicto de pretensiones los emperadores se reputaban como dependientes de Roma al mismo tiempo que querian ser sus señores). Y todo esto habria sido concedido de tal suerte que no se pudiese elegir ni patricio, ni Papa, ni obispo, sin el consentimiento del emperador, sopena de excomunion, de destierro perpétuo y de muerte. Si este decreto fuera auténtico, no tendria ningun valor, como emanado de un antipapa y aun arrancado con violencia. Pero este supuesto decreto está tan lejos de presentar un caracter de autenticidad que no se ha tenido noticia de él, y por consiguiente no fué conocido, hasta el tiempo de Tierri de Niem, á principios del siglo XV; es decir, en aquellas lamentables circunstancias del gran cisma de Occidente que favorecieron su fabricacion. En cuanto á la calificacion de antipapa que hemos dado á Leon y que generalmente se le da, haremos observar que de ella le exime Fleury, el cual, dando al reinado de Leon una duracion de un año y cuatro meses, en vez de solos diez meses, le considera como Papa legítimo en vida de Juan XII y de Be-

nedicto V; de donde se sigue que este autor atribuye simultáneamente tres gefes á la Iglesia, ó que reconoce en Othon el derecho de hacer deponer por algunos obispos de sus Estados á un Papa legítimo.

Al partir para Italia el rey Othon había dejado sus Estados de Alemania, y su hijo, llamado tambien Othon, bajo la direccion de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia y al mismo tiempo, como ya dijimos, duque ó gobernador de Lorena. Unos cargos tan distintos y por lo comun tan incompatibles no lo fueron para el santo prelado. No lograron distraerle de los egercicios de la Religion y ni aun del estudio, los cuidados del gobierno, cuyo encargo desempeñó á satisfaccion del príncipe y de los vasallos; antes bien con sus ejemplos y persuasiones inspiraba el amor á las ciencias á cuantos andaban á su lado. El objeto de su mayor atencion fué formar obispos ilustrados y virtuosos en la parte occidental del reino de Lorena, en donde el clero había caído en gran relajacion. No obstante, parecia que todos sus deseos tendian al único fin de la felicidad de la vida futura, por la que suspiraba con frecuencia en el discurso de la noche. Condenado á vivir en medio del fausto, y á tomar parte en las frivolas diversiones de la corte, lloraba en el fondo de su corazon por la sujecion á que estaba reducido. Apenas probaba nada en los mayores convites, y sin embargo mostraba tanto regocijo como otro cualquiera. En medio de sus criados y de sus vasallos cubiertos de púrpura y de oro solo se le distinguia por la dignidad que resplandecia en sus acciones, y por la noble sencillez que eclipsaba todas las pompas de la vanidad mundana.

Luego que regresó de Italia el emperador su hermano, corrió á Colonia á manifestarle lo muy satisfecho que estaba del modo con que se había portado durante su ausencia. Celebraron juntos la fiesta de Pen-

tecostés, tributando gracias al Señor con muestras extraordinarias de piedad y de ternura. Al separarse parecia que había tomado incremento su afecto recíproco como por un presentimiento secreto de que no volverian á verse, y se abrazaron vertiendo uno y otro copiosas lágrimas. En efecto, habiendo ido á Francia el santo arzobispo, con miras muy superiores á las de la política, para reconciliar á sus príncipes, á quienes no miraba como rivales sino como hermanos, cayó peligrosamente enfermo en Compiègne. Mandó le llevasen á Reims, á cuyo arzobispo Ojalrico apreciaba mucho por sus virtudes. Sabiendo que estaba cerca su última hora, aunque contaba solo cuarenta años, se confesó, pidió el Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, y le recibió postrado en tierra con unos sentimientos de humildad y compuncion que arrancaron las lágrimas á una multitud de obispos y de caballeros que se hallaban allí, atraídos de la fama de su virtud aun más que de la nobleza de su sangre. Así pues espiró Bruno, con general sentimiento, el día 11 de octubre del año 965, duodécimo de su episcopado (1). Las reliquias de un pastor tan querido fueron trasladadas á Colonia y depositadas en el monasterio de San Pantaleon, que él mismo había fundado.

Ojalrico de Reims, á quien San Bruno mostró mucho aprecio en unos momentos en que no son engañosas las demostraciones, había sido colocado en aquella Silla para remediar las funestas consecuencias de un cisma que había afligido durante mucho tiempo á aquella iglesia. Herberto, conde de Vermandois, en el año 925 había elevado á ella á su hijo menor llamado Hugo, que contaba á lo sumo cinco años. Encumbrado este niño á la dignidad de obispo contra todos los principios del derecho y

(1) Sigeb. Chron. ann. 965.

de la razón, y defendido por un padre inquieto y poderoso que se hacia temer de los mismos reyes, habia sido confirmado por el Papa Juan X, ya porque se le hubiese sorprendido con artificios, ó ya porque con eso creyera restablecer la paz. No pudiendo lisongearse de conseguir el desistimiento de un conde mas poderoso que el rey de Francia, á quien Herberto no tardó en tener prisionero, y obrando como si la Silla de Reims estuviese vacante, encargó Juan al obispo de Soissons la administracion de esta iglesia. Pero Herberto, sin guardar consideracion alguna á tamaña condescendencia, y no cuidando por otra parte mas que de lo temporal, encargó el cuidado espiritual á Odalrico que habia sido espulsado de la Silla de Acqs por los húngaros y que se habia refugiado en los dominios de Herberto. Al sétimo año de esta invasion fué elegido otro arzobispo, á saber, Artaldo, monje de la abadía de San Remigio; pero tres Concilios celebrados en Mouson, Verdun é Ingelheim cerca de Maguncia, y confirmados por la Santa Sede, apenas si pudieron conseguir fuese desposeido Hugo, que habia sobrevivido á Artaldo. La contienda de la iglesia de Reims, cuya Silla era aun menos importante por sus grandes posesiones que por su situacion en las fronteras de los reinos de Francia y de Germania, dividió los ánimos de los principes que con sus facciones contrarias conmovian y trastornaban todo el imperio francés.

Próxima estaba á su total ruina la casa de Carlo-Magno. Carlos el Simple, que descendía de ella, habia visto ya subir sucesivamente al trono de sus antepasados tres principes de otra sangre, Eudon y Roberto, ambos hijos de Roberto el Fuerte, duque de Francia, y Raulo de Borgoña, yerno del rey Roberto. Mas su familia contaba un émulo mucho mas temible, aunque mas prudente y moderado en Hugo el Grande,

hijo y sucesor de Roberto en el ducado de Francia, quien habia decidido la suerte de la batalla de Soissons, en la que murió el rey su padre á manos de Carlos el Simple, convirtiendo el triunfo de este vencedor inhábil en una fuga vergonzosa, y aunque hubiera podido coronarse entonces, no queria una elevacion que no habia de ser durable. Parecióle, pues, que no habia llegado aun la época de dar fin á esta grande obra, y cedió á su cuñado Raulo un reinado que debia finarse muy pronto. Muerto Raulo en el año 956, Luis el ultramarino, llamado así porque la Inglaterra habia sido su asilo en la infancia, volvió á subir en el mismo año al trono de Carlos su padre, que habia muerto en 929 en la prision en que le sumió el conde de Vermandois. Cedió tambien Hugo el Grande á las circunstancias, y reconoció por rey á Luis, practicando despues lo mismo con su hijo Lotario que fué coronado en Reims el dia 12 de noviembre del año 954.

Florencia entonces San Mayeul ó Mayol de Cluny, uno de los principales ornamentos de la iglesia de Francia (1). A pesar de su inclinacion á una santa oscuridad, y de su extraordinaria aversion á todas las grandezas mundanas, era de la más distinguida nobleza, siendo su padre tan poderoso en el pais de Aviñon, que dió veinte posesiones al monasterio de Cluny. Murieron los padres de Mayeul cuando era todavía muy jóven, y se retiró á Macon á casa de un caballero pariente suyo, desde donde pasó á Lyon á estudiar en el monasterio de Isle-Barbe, que era entonces la escuela más célebre de todos aquellos paises. Allí hizo tan grandes progresos así en las costumbres como en la doctrina, y adquirió tanta reputacion, que por unánime consentimiento del príncipe, del clero y del pueblo, fué

(1) *Elog. saec. V. Act. Bened. pag. 322; Bolland. die 11 Maji.*

elegido obispo de Besanzon, no siendo todavía mas que diácono. Pero como lo que deseaba era huir del mundo y de los honores, rehusó aquella dignidad con una constancia invencible. Todo su placer era visitar con frecuencia á los piadosos solitarios que habia en aquellos contornos, cuyo instituto abrazó por último. Despues de seis años de profesion fué nombrado coadjutor del abad Aimardo (949), quien temiendo que su avanzada edad y sus enfermedades diesen márgen á la relajacion de la observancia, acordó compartir con él su titulo y funciones de comun acuerdo de todos los hermanos. Y á fin de que el humilde Mayeul no pudiese eximirse de esta obligacion, se autorizó Aimardo con el voto del obispo diocesano y con el de otros muchos prelados. Ignoramos cuánto tiempo vivió despues de su abdicacion San Aimardo, á quien se da esta calificacion en muchos martirologios; pero San Mayeul fué abad por mas de cuarenta años. Este largo gobierno, no menos sabio que santo, contribuyó en gran manera á dar á su orden el alto grado de aprecio en que se mantuvo aun mucho tiempo despues de sus dias.

Unia Mayeul á la piedad el amor y la aplicacion á las ciencias. Agradábale tanto la lectura, que aun viajando á caballo solia llevar un libro en la mano. Se instruyó principalmente en las leyes y cánones y en la disciplina monástica. Añadia á la doctrina una gran facilidad en esplicarse, y una amenidad que hacia amable su virtud á todos los que le escuchaban. Consistia su mayor cuidado en conservar entre sus religiosos la pureza que se manifestaba en su persona por su candor y por la modestia y sencillez en todos sus modales. Movidos de sus sólidas exhortaciones muchos caballeros de todos paises, profesaron la vida monástica bajo su direccion, y esto aumentó á un mismo tiempo el esplendor religio-

so y los bienes temporales de la órden.

No tardó en estenderse mas allá de los confines de Francia la reputacion de Cluny y de su santo abad. Heldrico, que por abrazar esta vida religiosa habia abandonado su muger, sus grandes riquezas y un puesto de los mas distinguidos entre los señores de Italia, proporcionó al emperador Othon el conocimiento particular de Mayeul. Este príncipe, á quien malos consejos estraviaron en el asunto del antipapa Leon VIII, pero que no dejaba de mostrarse tan solícito del bien de la Religion y aun de la regularidad monástica como de el del Estado, llamó cerca de sí al santo abad, resuelto á darle el gobierno de todos los monasterios de sus dominios, así en Italia como en Germania. Mayeul principió por la reforma del monasterio de Classe cerca de Rávena, y á instancia de la emperatriz Santa Adelaida restableció la famosa abadía del Cielo de Oro, fundada en las cercanías de Pavia por el rey Luitprando. Eran tan grandes el respeto y veneracion con que miraba al siervo de Dios esta piadosa princesa, que hubiera querido servirle aun en aquellos ministerios en que con dificultad se emplean las personas de la clase mas humilde. Mostrábale igual respeto y cariño todos los señores de la corte. En cuanto al emperador, parece que en solo él habia puesto toda su confianza; por lo menos los que ansiaban conseguir alguna gracia del príncipe, no podian valerse de mejor mediacion que de la de Mayeul.

Al repasar los Alpes (969) cayó Mayeul en poder de los sarracenos, que habian hecho su plaza de armas de la fortaleza de Fressinet (entre Tolon y Frejus), desde donde infestaban los paises de Francia y de Italia con sus violencias y atrocidades. Quedaron cautivas en su compañía una multitud de personas de distintos puntos, que habian buscado su seguridad en ir en com-

pañía de un hombre tan santo. Y esto, aun-
mas que su interés personal, fué lo que le
movió á tratar de su rescate por parte de Clu-
ny, á donde dió aviso de su cautiverio. Esta
noticia llenó de consternacion, no solo á
sus religiosos, que le querían como á tier-
no padre, sino tambien á cuantos hombres
honrados habia en aquellas inmediaciones.
Contribuyeron todos generosamente, y con
estos donativos y la plata del monasterio
reunieron la suma que habian fijado los bár-
baros en mil libras de plata, para que toca-
se una libra á cada uno de los que contri-
buyeron á la prision de los viajeros. Entre-
tanto la santidad de Mayeul le habia hecho
casi tan respetable á aquellos infieles como
lo era ya entre los cristianos. En el primer
ímpetu de su celo furioso que el Santo habia
querido corregir é ilustrar, le cargaron de
cadenas; pero encontrándole de allí á breve
rato enteramente libre de los hierros en
medio del calabozo en que le habian sumi-
do, trocóse todo su resentimiento en un
respeto religioso. Hollando uno de ellos la
Biblia que Mayeul llevaba siempre consigo,
los otros le reprendieron con indignacion.
Riñó este sarraceno en el mismo dia con
otros musulmanes, y le cortaron el pie con
que habia pisado la sagrada Escritura. Des-
pues del rescate de San Mayeul fueron
arrojados todos los sarracenos de la fortale-
za de Fressinet (975), y reputaron este
acontecimiento como un castigo del insulto
hecho al siervo de Dios.

Sin embargo del estado de decadencia
á que habia llegado la Iglesia de Oriente ó
de Grecia, tenia aun algunos modelos ca-
paces de resucitar el fervor primitivo, ó á
lo menos de conservar su memoria. Causa-
ba entonces admiracion, entre otros, el so-
litario San Lucas, llamado el Mozo para
diferenciarle de otro Santo del mismo nom-
bre que en el siglo precedente habia sido abad

cerca del monte Etna en Sicilia (1). Acos-
tumbróse Lucas el Mozo desde la infancia
á no comer carne, huevos ni lactinios, á
no alimentarse mas que de pan de cebada
y á beber solamente agua. Desde la misma
edad se mostró tan compasivo con los pó-
bres como rígido consigo mismo, dándoles
mas de una vez sus vestidos y regresando
casi desnudo á la casa paterna (2). Entró
á vivir como religioso en un monasterio de
Atenas en los primeros años de su adoles-
cencia, y á los diez y ocho tomó el hábito
monástico en el monte de San Joannicio, en
donde aumentó sus ejercicios de penitencia
y de piedad, recibiendo el don de hacer mi-
lagros y el conocimiento de las cosas futu-
ras y más ocultas.

Un dia dijo á algunos hermanos que es-
taban con él: «Va á venir un hombre que
trae una carga pesada y necesita de ali-
vio.» Llegó poco despues un hombre solo
que no llevaba nada, y preguntó por Lucas,
diciendo que tenia necesidad de que le so-
corriese. Aparentando el Santo una dureza
que no le era natural, le hizo esperar siete
dias sin querer hablarle. Luego que se pre-
sentó á él, despues de esta primera prueba,
le dijo: «¿cómo osas venir aquí cargado de
tan enormes delitos? ¿Qué es lo que buscas
entre nosotros? Tú no tienes necesidad de
hombres ignorantes y sin autoridad, sino
de los pastores de la Iglesia. Sin embargo,
confiesa el homicidio que has cometido pa-
ra prepararte á obtener el perdón.» Admi-
róse el homicida al ver leídos sus secretos
de un modo tan milagroso, y dijo temblán-
do: «Varon de Dios, yo te confesaré lo que
ya sabes, aunque lo he ejecutado en secre-
to.» Declaró al punto todas las circunstan-
cias de su delito, se hincó de rodillas á los

(1) Bolland. die 7 febr.

(2) Combef. auct. tom. 2, pag. 969.

pies del Santo, y le rogó que se compade-
ciese de su alma. Levantóle Lucas con gran
caridad, le dió los consejos convenientes, y
le prescribió, entre otras cosas, que hiciese
celebrar por el difunto el oficio del dia ter-
cero, noveno y cuadragésimo. Sobre todo
le encargó que llorase amargamente su pe-
cado durante toda su vida. Observamos aqui
la especie de confesion que acostumbraban
hacer algunas veces los pecadores con mon-
jes que no eran sacerdotes, y que las pe-
nitencias que estos legos imponian no eran
mas que un preparativo para la absolucion
sacramental.

Lucas demostraba en todas ocasiones el
respeto mas profundo y la mas religiosa do-
cilidad á los obispos, á quienes miraba como
principes de la Iglesia é interpretes del Se-
ñor respecto de los fieles. Al pasar el arzo-
bispo de Corinto por cerca del monte de San
Joannicio, buscó el santo solitario las mejo-
res yerbas de su jardin, y corrió á presen-
tarle este corto obsequio, el único que le
permitia su respetable pobreza. El prelado
enternecido, mandó que le diesen una por-
cion de monedas de oro, pero el Santo se
negó á admitirlas, y dijo: «Señor, el oro me
es inútil: de lo que tengo gran necesidad es
de la oracion y de instrucciones.» No obs-
tante, observando que el obispo sentia esa
negativa, tomó una moneda, y luego le rogó
que añadiese á aquella liberalidad temporal
los tesoros inestimables de la palabra de la
salvacion. «Señor, le dijo, ¿cómo hemos de
participar nosotros de los misterios sagra-
dos del Cordero sin mancha, cuando nos ve-
mos reducidos por nuestros pecados á vivir
sin sacerdotes en los desiertos y en los mon-
tes?» A lo que respondió el arzobispo: «es
necesario que no omitais diligencia alguna
para tener un sacerdote. Cuando esto sea
del todo imposible, colocad en el altar el
vaso de los presantificados si hay oratorio,
ó en un banco muy limpio si no hay mas

que la celda. Desplegad despues los corpo-
rales y poned en ellos las particulas; que-
mad incienso, y cantad luego los salmos
convenientemente ó el trisagio con el símbolo de
la fé. Despues de hechas tres genuflexiones,
plegad las manos é inclinaos para tomar con
la boca el cuerpo de Jesucristo, diciendo
Amen. En lugar de la preciosa Sangre, be-
bed vino en una copa que solo sirva para
este uso. Guardad con los corporales el resi-
duo de las particulas en el vaso sagrado, y
tened mucho cuidado de que no caiga en el
suelo el menor fragmento de ellas.» De este
modo en los casos mas estraordinarios se tra-
taba á la sagrada Eucaristia con un respeto
singular, y á los anacoretas mas solitarios
no se les escluía nunca de la participacion
del Sagrado Cuerpo de Jesucristo ni aun de
su frecuentacion. Vióse obligado San Lucas á
mudar muchas veces de residencia á causa
de las incursiones de los bárbaros; mas por
último se estableció y murió (946), en la
Atica, en un lugar llamado Soterion. Convir-
tióse su celda en un oratorio, en el que se
obraron tantos milagros que la iglesia griega
colocó á este varon religioso en el número
de los Santos.

Las virtudes de San Pablo de Latra no
ilustraron menos la parte de Asia depen-
diente de Constantinopla. Tenia Pablo un
hermano llamado Basilio, que huyó al monte
Olimpo porque sus padres querian casarle,
y abrazó la vida monástica en la laura de
San Elías. Mas importunándole tambien allí
sus parientes y amigos, se retiró mas aden-
tro cerca del monte de Latra, á donde llamó
á su hermano Pablo, que le debió sus primi-
eros progresos en la carrera de la perfec-
cion. Pedro, amigo de Basilio y abad del
monasterio de Carya cerca de Latra, tuvo
mucho gusto en cultivar las excelentes dis-
posiciones del jóven Pablo. Mas no tardó en
observar que esta alma privilegiada tenia
menos necesidad de escuela que de freno en